

## CAROLINA CORONADO ROMERO DE TEJADA

(Almendralejo, 1820 – Lisboa, 1911)

Poeta y autora de obra literaria perteneciente a diferentes géneros literarios, con preocupaciones feministas desde la corte de Isabel II de España, adscrita al Romanticismo.

### **Cantad, hermosas**

Las que sintáis, por dicha, algún destello  
del numen sacro y bello,  
que anima la dulcísima poesía,  
oíd: no injustamente  
su inspiración naciente  
sofoquéis en la joven fantasía.

Si en el pasado siglo intimidadas  
las hembras desdichadas,  
ahogaron entre lágrimas su acento,  
no es en el nuestro mengua,  
que en alta voz la lengua  
revele el inocente pensamiento.

Do entre el escombros de la edad caída,  
aun la voz atrevida,  
suena, tal vez, de intolerante anciano,  
que en áspera querrela  
rechaza de la bella  
el claro ingenio, cual delirio insano.

Mas ¿qué mucho que sienta la mudanza  
quien el recuerdo alcanza  
de la edad en que al alma femenina  
se negaba el acento,  
que puede, por el viento,  
libre exhalar la humilde golondrina?

Aquellas mudas turbas de mujeres,  
que penas y placeres  
en silencioso tedio consumían,  
ahogando en su existencia  
su viva inteligencia,  
su ardiente genio, ¡cuánto sufrirían!

¡Cuál de su pensamiento la corriente,  
cortada estrechamente  
por el dique de bárbaros errores,  
en pantano reunida,  
quedara corrompida  
en vez de fecundar campos de flores!

¡Cuánto lozano y rico entendimiento,

postrado sin aliento,  
en esos bellos cuerpos juveniles,  
feneció, tristemente,  
miserable y doliente-,  
desechado en la flor de los abriles!

¡Gloria a los hombres de alma generosa,  
que la prisión odiosa  
rompen del pensamiento femenino!  
gloria a la estirpe clara  
que nos guía y ampara  
por nuevo anchurosísimo camino!

Lágrimas de entusiasmo agradecidas,  
en sus manos queridas,  
viertan los ojos en ofrenda pura:  
pues, sólo con dejarnos,  
cantando consolarnos  
nos quitan la mitad de la tristura.

¡Oh cuánto es más dichosa el alma mía,  
desde que al arpa fía  
sus hondos concentrados sentimientos!  
¡Oh cuánto alivio alcanzo,  
desde que al aire lanzo,  
con expansión cumplida, mis acentos!

Yo de niña en mi espíritu sentía  
vaga melancolía  
de secreta ansiedad, que me agitaba;  
mas, al romper mi canto,  
cien veces, con espanto,  
en la mente infantil lo sofocaba.

Que entonces, en mi tierra, parecía  
la sencilla poesía  
maléfica serpiente cuyo aliento  
dicen, que marchitaba  
a la joven que osaba  
su influjo percibir sólo un momento.

¿Cómo a la musa ingenua y apacible,  
bajo el disfraz terrible,  
con que falsa nos muestra antigua gente  
su cándida hermosura,  
pudiera sin pavora  
conocer y adorar antes la mente?

¡Qué rara maravilla y que alegría  
sintió mi fantasía  
cuando mudada vio la sierpe fiera

en niña mansa y pura,  
tan llena de ternura,  
que no hay otra más dulce compañera!

¡Cuál mi embeleso fije, cuando a su lado  
mi espíritu mimado  
y en su inocente halago suspendido,  
suavísimas las horas  
tras de voces sonoras,  
pasó vagando en venturoso olvido!

Decid a los que el odio en ella ensañan,  
que viles os engañan  
esa deidad al calumniar osados;  
decidles, que no es ella  
la que infunde a la bella  
afectos en el alma depravados.

Si brota en malos troncos injertada  
será porque arrancada  
del primitivo suelo con violencia  
de la rana en que vive,  
a su pesar recibe  
el venenoso jugo su existencia.

Empero, no esa flor alba y hermosa  
aroma pernicioso  
de la doncella ofrece a los sentidos,  
a los que tal dijeron,  
decidles que mintieron  
como necios y torpes y atrevidos.  
Y aquéllas que sintáis algún destello  
del numen sacro y bello,  
que anima la dulcísima poesía,  
llegad tranquilamente,  
y en su altar inocente  
rendid vuestro homenaje de armonía.

Hallen los pensamientos oprimidos,  
que ulceran los sentidos,  
giro en la voz y en nuestras almas, ecos,  
si con silencio tanto  
de ese mudo quebranto  
los corazones ya no tenéis secos.

Cántenos su infortunio cada bella,  
que si la pena de ella  
penetra con su ciencia, acaso, el mundo,

mejor que los doctores  
explica sus dolores  
con agudo gemir, el moribundo.

Dichas, amores, penas, alegrías,  
lloros, melancolías,  
trovad, al son de plácidos laúdes,  
mas ¡ay de la cantora  
que a esa región sonora  
suba sin inocencia y sin virtudes!

Pues, en vez de quedar su vida impura  
bajo de losa oscura  
en silencioso olvido sepultada,  
con su genio y su gloria,  
de su perversa historia  
eterno hará el baldón, la desdichada.

Cante la que mostrar la erguida frente  
pueda serenamente  
sin mancha a la luz clara del cielo;  
cante la que a este mundo  
de maldades fecundo  
venga con su bondad a dar consuelo.

Cante, la que en su pecho fortaleza  
para alzar con pureza  
su espíritu al excelso templo, halle:  
pero, la indigna dama  
huya la eterna fama,  
devore su ambición, se oculte y calle.